

INSTRUCCION DECIMOTERCIA.

SACRAMENTO DE LA CONFIRMACION.

INSTRUCCION TERCERA.

EFECTOS DE LA CONFIRMACIÓN ; DONES DEL ESPÍRITU SANTO.

TEXTO. — *Tunc imponebant manus super illos, et recipiebant Spiritum Sanctum.* Entonces los Apóstoles imponían las manos sobre ellos, y éstos recibían el Espíritu Santo.

(ACTOS DE LOS APOSTOLES. CAP. VIII. VERS. 17.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, al hablaros del sacramento de la Confirmación, me complazco en trasladarme al día en que yo tuve la dicha de recibir este sacramento... Estoy seguro de que vosotros os acordais tanto como yo de las solemnes circunstancias en que este sacramento os fué administrado... ¿Era en este pueblo ó en algun pueblo inmediato?... Lo ignoro; pero repasad bien vuestros recuerdos; la iglesia estaba engalanada con sus ornamentos de fiesta, el altar centelleaba de luces, el olor del incienso llenaba el sagrado recinto... De pronto se abren las puertas; adelántase el pontífice, con la mitra en la cabeza y el báculo en la mano... La multitud se agolpa en su camino... Inclínabanse nuestras frentes á su paso, y él nos bendecía con los ojos, con los labios y con la mano... Entona aquel hermoso himno, *Veni, Creator Spiritus*, invocación con la cual llama sobre nosotros las gracias del Espíritu Santo... y centenares de voces continúan este sagrado himno. Luego después veo que el prelado sube á la más alta de las gradas del altar, y volviéndose hácia nosotros con las manos extendidas: «Dios omnipotente, dice, haz descender sobre ellos tu Espíritu consolador con todos sus dones; dales el espíritu de sabiduría é inteligencia, el espíritu de consejo y fortaleza, el espíritu de ciencia y pie-

dad; llénales del espíritu de temor de Dios, y haz que sean marcados con la señal de la cruz por la eterna vida...» Y á cada una de estas invocaciones, los sacerdotes que nos habían preparado contestan: Amen... Y luego siguen las demás ceremonias de la Confirmación...

PROPOSICIÓN. — Vamos, hermanos míos, á decir algunas palabras sobre cada uno de estos dones del Espíritu Santo que nos fueron comunicados en el día de nuestra Confirmación, si recibimos este sacramento con buenas disposiciones.

DIVISIÓN. — De estos dones, unos se aplican al *espíritu* para darle la luz; otros parece que se dirigen más especialmente á nuestra *voluntad*, á fin de darle el valor necesario para obrar. *En primer lugar*, pues, dones de Ciencia, Consejo, Inteligencia y Sabiduría para guiar nuestro espíritu; *en segundo lugar*, dones de Temor, Piedad y Fuerza para dirigir nuestra voluntad (1).

Don de Ciencia. — No os vayais á figurar que, bajo este título, debemos entender esa ciencia humana que pone orgulloso al hombre, y que con frecuencia es más funesta que útil á los que la poseen... Nó, la ciencia que el Espíritu Santo nos comunica es un conocimiento, en cierto modo, más neto, más claro, de lo que se necesita para nuestra salvación; ella viene á confirmar, á perfeccionar, á embellecer la fé que recibimos en el Bautismo... Imagináos un árbol al terminar el invierno; está vivo, tiene ramas y tal vez botones; llega la dulce sávia de la primavera, y le vereis engalanarse con hojas, adornarse con flores, cargarse de frutos... Pues bien; el don de Ciencia es esta sávia divina que, infiltrándose en nuestras almas, hace crecer y desarrollarse nuestra fé... Carísimos hermanos, pongámonos frente á nuestro ataúd, y comparemos esta Ciencia divina dada por el Espíritu Santo, con todos los vanos conocimientos de este mundo... Por un lado, ved ahí á un Doctor, á un Académico. — «Maestro, le digo, ¿quién le ha creado? — No lo sé, contesta. — ¿Jesucristo murió para redimir á todos los hombres? ¿Hay un cielo para recompensar á los buenos y un infierno para castigar á los malos?...» No lo sabe, ni me contesta...

(1) V. *Les Sacrements ou la Grâce de l'Homme-Dieu*, por Mons. Besson, tomo II.

¡ Pobres sábios ! ; cuán dignos son de compasión si no son cristianos!.. Por otro lado, interroguemos á esta buena mujer que apenas sabe las oraciones de la misa... ; Ah ! ; cuán claramente contesta á todas estas preguntas, de cuyo conocimiento depende nuestra eternidad !.. « Dios me ha creado; Jesús es quien me ha redimido muriendo por mí en la cruz; sí, tengo un alma inmortal, y espero de la misericordia de Dios que me preservará del infierno y me dará un lugar en su paraíso... » Ahí teneis, hermanos míos muy amados, esta Ciencia tan necesaria y tan indispensable, que en el alma vierte el Espíritu Santo.

Don de Consejo. — El don de Consejo es una luz interior que, en la duda ó en la vacilación, nos inclina á resolver ó á optar por lo mejor. ; Joven, permanece en el seno de tu familia, allí podrás santificarte y añadir aún alguna gloria á la de tus antepasados ! Pero, nó ; parte, corre á evangelizar las Indias y el Japón... Y á vosotras, jóvenes tan queridas de vuestros padres, r las lágrimas ni las caricias os han podido retener junto á aquellos que os amaban tanto : habeis necesitado el silencio y la oscuridad del claustro ; habeis querido escojer lo más perfecto, y daros enteramente á Jesús... El don de Consejo, carísimos hermanos, es el que así inducía á san Francisco Javier, á santa Verónica Giuliani y á santa María Magdalena de Pazzi á escojer la vida más perfecta .. Habrían podido tal vez salvarse en el mundo ; allí estaba la plata ; pero entonces entrevieron el oro de una vida retirada, y el don de consejo les hizo preferir el oro... Todos nosotros hemos tenido á veces dudas y vacilaciones, y si entonces hemos escojido lo mejor, tenedlo por seguro, es porque el Espíritu Santo nos asistía y vertía en nuestra alma esa luz á que llamo yo don de Consejo...

Leemos, hermanos míos muy amados, en la vida de algunos santos que, sin haber recibido educación alguna, hablaban de nuestros divinos misterios de la manera más sublime ; ¿ porqué ?... Porque Dios les había dado el don de Inteligencia... Con él el alma se eleva, el horizonte se ensancha. Era justo que el Espíritu Santo vertiese este don en el alma de los recién confirmados ; pues éstos se convierten en soldados de Jesucristo, justo es que puedan dar razón de su fé, y defenderla delante de los incrédulos y de los impíos que la atacan... ; Veis á esa joven patricia que sufrirá el martirio y llegará á ser santa Catalina de Ale-

jandría, rodeada de treinta ó cuarenta doctores que vienen á dipustar con ella sobre las verdades de nuestra fé ? Ha recibido el don de Inteligencia : no solamente triunfará en esta disputa, sino que además convertirá á los doctores que han venido á discutir con ella... Pues bien, esta luz interior que hace que la verdad brille en nuestro espíritu cual un sol, que lo ilumina con todas sus pruebas, es lo que se llama el don de Inteligencia... Los más sábios doctores, tales como san Agustin, santo Tomás y tantos otros que tan vivas luces arrojaron, con sus explicaciones, sobre los dogmas de nuestra Iglesia santa, poseían este don de Inteligencia...

¿ Qué os diré ahora del don de Sabiduría ?... ¿ Me haré comprender bien si os digo que nos comunica el gusto y el amor de las cosas divinas?... La Inteligencia nos dice que el Señor es bueno, que merece nuestra adoración, nuestros respetos, nuestro amor ; pero decidme : ¿ son muchos los que realmente se esfuerzan en darle su corazón y saborear la dulzura de su amor ? « Una cosa, dice á este propósito san Buenaventura, una cosa es saber que la miel es dulce, otra cosa es comerla y saborear verdaderamente su dulzura.. » Nos admiramos, hermanos míos muy amados, cuando en las vidas de los santos encontramos aquellos éxtasis, aquellos movimientos de fervor ; cuando oimos á un san Francisco de Asís decir á alguno que le ofrece sus servicios : « Amigo mio, si quieres aliviarme, lloremos juntos la Pasión del Salvador... » ; cuando vemos á una admirable santa (1), tocar la campana del monasterio, reunir á sus hermanas, y exclamar en los transportes del arrobamiento : « Amemos á Jesús, hermanas mías ; Amor, ¡ oh Amor ! nó, Tú no eres amado... » ; Ah ! todas aquellas almas poseían la Sabiduría ; todas ellas saboreaban en su inteligencia y en su corazón la dulzura de Aquel que ha dicho : « Llevad mi yugo, porque es amable... »

He citado todos estos ejemplos, hermanos míos muy amados, para hacerlos comprender mejor lo que son los dones del Espíritu Santo. En realidad, no tenemos la pretensión de que estos dones produzcan en nosotros los efectos que hemos podido observar en aquellas almas privilegiadas ; pero es no obstante una verdad incontestable que el Espíritu

(1) Santa María Magdalena de Pazzi.

Santo los esparce siempre en el alma de aquellos que reciben bien el sacramento de la Confirmación y que aporta indefectiblemente á ella la inteligencia y la luz.

¿Se me ha comprendido bien?... Puede ser... Mas ahí va una comparación que reasume todo mi pensamiento. Todos sabéis á qué se llama un míope : es un hombre que no ve distintamente sinó á una distancia muy corta ; los objetos algo distantes se le presentan algo confusos ; es la imágen del cristiano que no ha recibido más que el Bautismo... Pues bien, los dones del Espíritu Santo, de que os acabo de hablar, nos curan de esta miopía espiritual y producen en nuestra alma ciertas ráfagas de luz sobre las verdades sobrenaturales, que nos las hacen conocer y apreciar mejor.

Segunda parte. — Digamos ahora algunas palabras tocante á los dones de Temor, Piedad y Fortaleza, destinados á sostener nuestra voluntad, á darle la fuerza y energía de que necesita para que seamos verdaderamente soldados de Jesucristo... Os sorprenderá tal vez que el primero de estos dones sea el *Temor*... Pero escuchad : hay dos especies de temor el temor de los hombres es la flojedad, el miedo, el olvido de los deberes... Tú, cristiano, no te atrevas á asistir á la santa Misa y á santificar las fiestas : ¿porqué?. — Tengo miedo. — Vosotras, jovencitas, no os atreveis ya á cumplir con vuestros deberes... — ¡ Ay ! tenemos miedo. — Y vosotros que, apesar de vuestras convicciones, no osais hacer la señal de la cruz, y os sonreís cuando en presencia vuestra se sostienen propósitos impíos, teneis miedo de los hombres, de sus mofas y de sus nécias burlas... Y sin embargo sabéis perfectamente que Jesucristo en su Evangelio ha dicho : *No les temais*... Ahora bien, el temor de Dios es el principio del valor ; él es el que nos hace libres, bravos y generosos para afirmar nuestras convicciones... Representáos aquí frente á este púlpito, á un mártir, á uno de esos héroes cristianos... Venid, verdugos, poned de manifiesto vuestros instrumentos de tortura, soltad vuestras fieras ; él no palidecerá ; no tiene más que un solo temor, el de conservarse fiel á su Dios.

Ved ahí al admirable san Juan Crisóstomo ; celébrase un consejo contra él en el palacio del soberano, que le quisiera aplicar el suplicio más cruel.. El emperador interroga á sus cortesanos. — « ¿ Debo

privarle de sus bienes ? les dice. — Señor, responden los consejeros esto para él no será un castigo ; sus bienes pertenecen á los pobres. — ¿ Hay que hacerle morir entonces entre atroces suplicios ? — Señor, no retrocederá ; se tendrá por dichoso con ser mártir. — Decidme pues entonces, prosigue indignado el emperador, ¿ cómo podré vengarme de la insolencia de sus reproches ? » Un cortesano más fino le contesta : « Hacedle cometer un pecado : este hombre no teme más que á Dios en este mundo... » Y era verdad ; aquel ilustre doctor tan animoso, tan enérgico ante los grandes de este mundo, habría podido decir : « Respetuosamente sometido á su santa voluntad, temo á Dios, amigos míos, y no tengo otro temor (1). »

Sí, pero, hermanos míos muy amados, este temor de Dios es un sentimiento enteramente filial ; es el hijo que respeta á un padre á quien ama, que quiere someterse á todas sus voluntades, y hasta adelantarse á sus deseos... ; Ah ! aquí tenemos el don de *Piedad*... Santa y noble virtud que hace que nuestra alma se incline sobre el corazón de Jesús, cual se apoyaba en él el discípulo muy amado en la noche del Jueves Santo... Es el amor, uniéndose al respeto... ¿ Qué os diré?... Es el mejor de los hijos echándose en los brazos del mejor de los padres, y durmiéndose sobre su corazón...

Venid pues, impíos, á insultar al que posee este temor de Dios, este respetuoso y confiado amor por él, que se llama la *Piedad*... ; Ah ! veo al Espíritu Santo acudir en su auxilio y comunicarle el don de *Fuerza*...

Hubo un tiempo, en nuestra nación, en que cuando un hombre se dedicaba resueltamente á sostener por las armas los intereses de la patria, los derechos del honor y los de la virtud, después de ciertas pruebas, se le armaba caballero... Se le revestía solemnemente con sus armas, recor-dándole sus promesas... Y era uno de esos innumerables y piadosos héroes cuyo recuerdo glorioso ha conservado la historia y que murieron sin miedo y sin reproches...

Así es, hermanos míos, como el don de Fuerza nos ha armado sol-

(1) Soumis avec respect à sa volonté sainte,
Je crains Dieu, mes amis, et n'ai pas d'autre crainte.

dados de nuestro Salvador Jesús; y nosotros debemos, según la frase de san Pablo, conservar fielmente esta armadura... « Dios es quien os la ha dado, dice el Apóstol (1), para que podáis resistir á las acechanzas de Satanás... No es únicamente, añade, contra los enemigos habituales contra quienes debe luchar un cristiano; es contra los demonios, es contra esas funestas pasiones que ellos suscitan en nosotros; es contra esas perversas enseñanzas, que imperan en el mundo y cuyos inspiradores ellos son... Levantáos pues, cristianos, nos dice el Espíritu Santo, al concedernos el don de Fortaleza. Levantáos; está empeñada la lucha... Cojed vuestras armas; la piedad os cubra como una coraza; la fé os proteja como un escudo, á fin de que podáis rechazar los dardos de vuestros enemigos: tomad el casco de la salvación, la espada de la verdad, y marchad sin miedo al combate...

Hermanos míos muy amados, este don de Fortaleza es tal vez el que más falta hace en nuestros días.... Se teme á los hombres, porque se ha dejado de temer á Dios; se tiembla ante las revoluciones, ante los alaridos de los impíos, porque se ha dejado menguar la fé... Entre los cristianos, los unos, en cierto modo transformados en infieles, son víctimas de las pasiones ó se dejan llevar de no sé qué estúpida indiferencia, olvidando el cielo y los destinos que Dios les tiene preparados; los otros, los mejores, los que han conservado un resto de fé, apenas se atreven á dejarse ver... Lo repito, no es á Dios, nó, á quien temen, es á los hombres; apenas osan hacer, como quien dice á hurtadillas, algunos actos de religión...; Gran Dios!; Cuánta necesidad tenemos de los dones del Espíritu Santo!; Cuán débil es nuestra voluntad!; Y cuánto de desear sería que este Espíritu divino descendiese nuevamente sobre nosotros y reavivase en nuestras almas los efectos del sacramento de la Confirmación, olvidados tal vez y anulados desde largo tiempo!

PERORACIÓN. — ¿Hay necesidad, hermanos míos muy amados, de oponer constantemente á nuestra cobardía, á las flaquezas de que somos testigos, el ejemplo del fervor, de la energía de los antiguos cristianos? — Ésta es una pregunta que me la he dirigido más de una vez. Me

(1) *Armatus Dei*. Véase la Epíst. de S. Pablo á los Efesios, c. VI, vers, 11 y siguientes.

decía: ¿de qué sirve hojear la vida de los Santos, y la historia de la Iglesia?... ¿Para qué citar rasgos de heroísmo, que unos pocos comprenderán tal vez, pero que nadie tendrá el valor de imitar?... Y vacilaba... Pero acudió á mi espíritu una reflexión: estas historias, me dije, mostrarán cuando menos á los fieles que me escuchen lo que el Espíritu Santo puede producir en las almas, cuando éstas se hallan bien preparadas... Habis oído y oís hablar de las exposiciones universales, donde dicen que se ven los inventos más ingeniosos, los mecanismos más complicados... y ¿qué sé yo cuantas cosas más!... Pues bien, cristianos, las vidas de los Santos me parecen algo más interesantes, sobre todo si se considera la eternidad...

En la vida pues de los Santos, ó, si lo preferís, en esta exposición que debe interesarnos más que cualquier otra exposición, escojo un hecho... Esta vez san Prudencio os lo va á referir (1). Juliano el Apóstata había ido á un templo de ídolos para ofrecer víctimas y consultar á los demonios... Cuando los sacrificadores hubieron inmolado los toros y las terneras que les habían sido presentados, sumergieron sus manos en las palpitantes entrañas de aquellas víctimas, para buscar presagios en ellas, para descubrir en ellas el porvenir... Mas de repente el más célebre de aquellos sacrificadores se extremece y se turba: «Nuestros dioses, dice, no quieren contestar... Debe haber aquí algun discípulo de Cristo, cuya presencia no pueden suportar...» Después, volviéndose hácia el emperador, añade: «César, interroga á los que te rodean, para saber si habría entre ellos un hombre que hubiese recibido, no solamente el Bautismo, sino además la Confirmación (2), y mándale que se aleje...» Juliano, sorprendido, se vuelve á los que le rodean: «¿Cuál es pues, dice, de vosotros que profesa la religión cristiana, cuya frente haya sido marcada con la unción y que venera la cruz?» Y uno de los jóvenes de su guardia, tirando las armas, contesta con energía: «Soy yo, que invocaba á Jesucristo mientras se ofrecía este sacrificio á vuestros demonios; por esto han huído aterrados...» Esto es energía, cris-

(1) V. J. Marchand, *Candèlabre mystique*.

(2) Véase el texto: *Baptizatus et balsamo unctus*. Y más abajo dice Juliano: *Quis hic... religionis Christi sectator, FRONTEM CHRISMATE SIGNATUM GERENS...*

tianos : á esto se llama un soldado de Cristo ; éste no tenía miedo... Sepamos también nosotros, á ejemplo suyo, mostrarnos siempre y por doquier discípulos del Espíritu Santo y soldados de nuestro Salvador Jesús... Así sea.

INSTRUCCION DECIMOCUARTA

SACRAMENTO DE LA SAGRADA EUCHARISTIA

INSTRUCCION PRIMERA.

LA SAGRADA EUCHARISTIA FIGURADA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO : EL MANA, EL CORDERO PASCUAL, ETC.

TEXTO. — *Amen, amen, dico vobis.... Ego sum panis vitæ qui de caelo descendi.* En verdad, en verdad os lo digo : yo soy el pan de vida que descendí del cielo.

(SAN JUAN, CAP. VI, PASSIM).

EXORDIO. — Hermanos míos muy amados, vamos ahora á hablar de la sagrada Eucaristía... Al ir á tratar este admirable asunto, de buena gana diría, en la imposibilidad en que me encuentro de expresar el inefable amor que nuestro Salvador nos manifiesta en él ; sí, de buena gana repetiría, con un Judío, á quien había convertido una milagrosa aparición de Jesús, en este adorable sacramento : « ; Nô, no puedo decir lo que siento ! »

¿ Quién era ese Judío ?... Escuchad su historia.... Hermann Cohén, nacido, creo, en 1821, había dado tempranas muestras de un extraordinario talento por la música.... Figuraba en todos los conciertos y en todas las reuniones ; se le admiraba por sus talentos, se le quería por su finura y por su inteligencia... Pobre jóven, arrojado en medio de todas las más seductoras ocasiones, á los veinte y cinco años se había

hecho sectario, impío y libertino. Una noche del mes de María, en 1848, fué llamado para tocar el órgano en una función dedicada al Santísimo Sacramento, en una iglesia de París (1)... Le repugnaba ponerse de rodillas en el acto de la bendición... Pero la gracia de Dios, que es todopoderosa, le derribó, como había derribado en otro tiempo á san Pablo en el camino de Damasco... Jesucristo, desde el fondo de la hostia, se dignó manifestarse á ese pobre Hermann ; mostróse á él glorioso y resplandeciente bajo los velos de la sagrada Eucaristía, y el jóven artista cayendo de rodillas exclamó : « ¡ Sí, yo os adoro, oh Dios á quien no conozco todavía ; sí, os amo de antemano, y soy vuestro servidor... ! » Levantábase después bañado en llanto que el amor le había hecho derramar... Al cabo de poco tiempo recibía el Bautismo, entraba en una Orden religiosa que se llama de los Carmelitas y llegaba á ser el célebre padre Hermann, de quien tal vez habeis oído hablar... Dejando escapar de su corazón las efusiones de su amor hácia la adorable Eucaristía, exclamaba en uno de los cánticos que ha compuesto : « ¿ Es posible veros, oh sagrada Eucaristía, sin dejar de amaros ?... ; Oh presente del cielo, encanto de la vida, siento mi corazón inflamarse en vuestra presencia ! (2). »

Y este convertido de la sagrada Eucaristía, espiraba, hace apenas algunos años, como espiran los escojidos y los predestinados...

PROPOSICIÓN. — De este admirable sacramento, ó mejor, de este adorable misterio de Dios presente siempre en el santo Tabernáculo, es, hermanos míos muy amados, de lo que os hablaré en esta instrucción y en las siguientes.

DIVISIÓN. — Si la circuncisión era entre los Judíos la imágen del Bautismo, varias figuras representaron también la Eucaristía en el Antiguo Testamento... En la *primera parte* os hablaré del maná y

(1) La iglesia de Sainte-Valère, rue de Bourgogne... V. *Célèbres conversions contemporaines*, por el R. P. Huguet... La carta de Hermann al P. de Ratisbonne es más explícita.

(2) Peut-on vous voir, ô sainte Eucharistie,
Peut-on vous voir et ne pas vous aimer !..
Présent du ciel, ô charme de la vie,
Je sens mon cœur devant vous s'enflammer !..